

No hay metodología sin epistemología: sobre crisis y dogmatismos

Fernando Gabucio
Universitat de Barcelona

Que nadie suponga que la psicología natural –o la psicología con cualquier otro título– no es cosa extremadamente difícil. Filósofos y científicos que, con todas sus teorías y métodos experimentales han estado tratando durante un siglo, más o menos, de desarrollar su propia ciencia del comportamiento humano, han descubierto que la tarea resulta perturbadora y humillante. De hecho, la psicología académica, tal como se estudia en las universidades, ha demostrado ser la rama más intratable de todas las ciencias. En la práctica, y en la teoría, la psicología es mucho más difícil que la física (...) No hay ni habrá nunca principios newtonianos del comportamiento humano (Humphrey, 1983/1987, pp. 14-15).

No creo que se pueda estar en desacuerdo con el nudo del trabajo de Juan Delgado que sometemos a discusión: “primero pensar, después publicar”. Sin embargo, él mismo organiza su trabajo en dos partes y sugiere, más que afirmar taxativamente, una cierta relación entre los dos aspectos de los que se ocupa. En la primera parte revisa la noción de “psicología en crisis”, y en la segunda crítica (parece que parodia, pero no lo hace, simplemente describe) los negativos efectos que la presión por publicar tiene en la calidad de lo que se difunde como resultado de la investigación psicológica. Lo que preocupa a Delgado, en relación con ambos aspectos, es la articulación entre metodología de investigación y conocimiento psicológico sustantivo. El juicio con respecto al primer asunto es severo: «La relación entre una Psicología en crisis y una metodología desorientada no puede arrojar más que insatisfacción. Los resultados finales no pueden ser homologados como resultados científicos, ni siquiera resultan rele-

vantes en muchas ocasiones». Con respecto a los efectos que pueda estar teniendo la presión por publicar, no se ahorran tampoco adjetivos de grueso calibre, ya que lo que se produce es «una proliferación de publicaciones irrelevantes, ociosas, inútiles muchas veces, moralmente discutibles otras tantas, simplemente superfluas, y por lo tanto, evitables».

Me parece que el contenido, el tono y el estilo general de las reflexiones de Delgado hacen que su escrito pertenezca al género del escrito de *denuncia*. Se trata de decir en voz alta que algo que no debería estar ocurriendo, y que quizá nos negamos a nosotros mismos, sí que está, pese a quien pese, ocurriendo, y además es grave (aunque Delgado se considere sólo “moderadamente crítico”). Y se trata en cierto modo también de diagnosticar eso que está ocurriendo. En ese sentido, el trabajo de Delgado me parece valiente, perspicaz, crítico y consecuente. Quiero decir que admiro la actitud con la que se escriben unas páginas como éstas. Sería una lástima que, ante semejante análisis, no hubiese espectro de actitudes y valoraciones posibles sino, simplemente, una opción rotunda ante lo que se expresa. A un lado, los optimistas profesionales: no hay realmente mucho problema, Delgado exagera, dibuja un panorama un tanto apocalíptico que, sencillamente, no merece crédito, la ciencia es como es y la psicología no tiene ni más ni menos problemas que cualquier otra disciplina, lo que hay que hacer es dejarse de grandes manifestaciones, y más si son autocríticas, y seguir investigando. Al otro lado los pesimistas, felices porque alguien les da la razón: Delgado ha puesto el dedo en la llaga y se ha atrevido a llamar a las cosas por su nombre, esto ya lo suponíamos, si ahora lo dice un metodólogo es que debe ser peor de lo que imaginábamos, la psicología arroja una gran “sombra”, como se dice en las conclusiones, pero es sólo eso, una “sombra”.

En mi opinión, las dos grandes partes del trabajo, y de la denuncia, de Delgado son básicamente desiguales. Una, la primera, es de fondo y se refiere a cuestiones que son epistemológicamente muy significativas. Tiene que ver con esos adjetivos elegidos por Nicholas Humphrey en la cita inicial con respecto a la tarea de la psicología: “perturbadora y humillante”. Abren interrogantes. La segunda, el tratamiento de los efectos de la política de “publica o perece”, me parece mucho más coyuntural y “de otro orden”. No digo que calibrar y discutir los efectos de una tal política no sea un asunto importante en sí mismo. Al contrario, seguro que lo es. Y no digo tampoco que no pueda tener el efecto de evidenciar aún más el malestar epistemológico de fondo de una “psicología en crisis”. Lo que digo es que no puede simplemente *sumarse* a ese malestar, y mucho menos, y aunque sea sin convicción, sugerirse que quizá por ahí va el orden en la génesis de los problemas, desde la presión por publicar hacia la debilidad epistemológica de la disciplina. Ahí radica, en mi opinión, la principal debilidad del conjunto del escrito de Delgado. El afán por resultar incisivo a todos los niveles, desde el engarce de los aspectos de contenido y método en el desarrollo de investigaciones particulares, como en los vívidos ejemplos que pone, hasta la tremendamente global caracterización de “disciplina en crisis”, corre el riesgo de desvirtuar los efectos de su demoledora y necesaria llamada de atención.

Consideraciones acerca de la segunda parte

Entiendo que las ideas de la segunda parte de su escrito, a partir de “Encuentros y desencuentros” están todas ellas muy arraigadas en una situación muy bien conocida y muy *local*. Acaban, con todo el derecho, y con gran fuerza argumentativa, pasando por la experiencia personal e incluso por el trayecto biográfico. Es verdad que, a la vez, se proponen como síntoma de una situación más general. Por eso son ilustrativas y casi demostrativas. Pero eso dispara la pregunta de si Delgado está hablando de las prácticas de investigación de la psicología, o de las prácticas de investigación de (algunas de) las comunidades de psicólogos académicos de la universidad española. Ahí es donde cabe sospechar que se trata de ambas cosas a la vez, un tanto indiscriminadamente. Y esa sospecha dispararía también la pregunta de cuán representativo es el panorama que se dibuja de la situación internacional. No se trata de asumir que aquí “se hace mal” y “por ahí fuera” se hace bien. Demasiado simple (aunque pueda haber mucho que aprender). Se trata de estar de acuerdo con Delgado: «no existen recetas», «no hay una metodología para todo propósito», «no somos (los metodólogos) meros analistas de datos», pero sobre todo, «*tal tarea [la de los metodólogos] no se puede realizar sin aludir a lo que los datos significan en un contexto pleno de significado*, en un contexto de conceptos y constructos puesto en relación con los datos a través precisamente de nuestro objeto de estudio, la metodología de la investigación y de la indagación» (el énfasis es mío). La cuestión, para lo que quiero destacar, es si esto ocurre aun a pesar del “poderoso enemigo”, la presión por publicar. En mi opinión sí que ocurre (y no creo que Delgado opine en realidad lo contrario). En puntos intermedios entre la globalidad de la disciplina y la hiperespecificidad del efecto Stroop o del constructo de asertividad (o también en éstos) se produce muy buena investigación que carece del carácter de trámite torpemente burocrático, de aplicación mecánica de recetas mal entendidas a que alude Delgado. Ahora bien, eso no está *garantizado* por ningún método. De nuevo, muy de acuerdo con él: «No se trata de hablar del método experimental, tanto como de hablar del experimento [si es que es el caso, me permito añadir]. No se puede identificar *un* método científico, no hay *un* método experimental. *Existen experimentos*. Con ellos se apoyan convenientemente los argumentos científicos» (¡pobre y bendito Feyerabend, mucho más denostado que leído!, me permito añadir). La cuestión, dicha de manera sumarisísima, es sencillamente que *método* no es sinónimo de comportamiento inteligente de investigación; que, con el *mismo método*, una investigación puede ser sumamente inteligente o todo lo contrario; que el comportamiento inteligente de investigación ni siquiera requiere un método —otra cosa es el de demostración con las máximas garantías, que nunca son *todas* las garantías; que las decisiones metodológicas de investigación son expresión y efecto de inteligencia, y no un salvoconducto que la anule o la rodee; y que, por lo que sabemos de la inteligencia humana, funciona siempre en régimen de riesgo, sin que nada la ponga a salvo, ni siquiera lo que se considera su plasmación social más efectiva, el llamado *método científico*.

Delgado parte de una situación en la que da por normal y necesario, porque quizás lo sea sociológicamente, que la investigación psicológica deben hacerla mano a mano los metodólogos con los psicólogos. Es precisamente esa zona de fricción la que motiva su escrito. Sin embargo, en mi opinión, ese punto de partida es ya toda una singularidad. ¿Los físicos, los químicos, pero también los antropólogos, los historiadores, los lingüistas o los sociólogos trabajan todos ellos en estrecha relación con sus respectivos metodólogos de cabecera? Me parece que la respuesta, aunque pueda requerir múltiples matices, aclaraciones y salvedades es, en términos generales, negativa. Y si es efectivamente negativa habrá que preguntarse por qué el caso de la psicología es singular en este punto. No pretendo dar la respuesta, por que no la tengo. Pero sí quiero subrayar que uno de los presupuestos que, como cuestión de hecho, asume Delgado, quizá debiera ser no tanto el punto de partida de la crítica, como un asunto que requiere, él mismo, cierta explicación.

Valga una analogía casi grotesca para provocar alguna reflexión. Que la investigación psicológica deba hacerse mancomunadamente entre metodólogos y psicólogos sería equivalente a proponer que en las cocinas, en lugar de cocineros que convierten alimentos en comidas, debería haber dos tipos de expertos. Unos se encargarían del *procesamiento* de los alimentos, pero no necesitarían conocer bien, de primera mano y por sí mismos, los alimentos a “procesar”. Son expertos en cocción, en uso del horno, en temperaturas del agua, en fases del proceso, en fritura, en rehogado, en vaporización, por supuesto en instrumental de cocina, quizá en aceites o mantequillas (pero eso sería ya problemático y no lo permitiría una estricta separación de funciones, porque no es propiamente *procesamiento*, sino contenido). Los otros serían los expertos en alimentos. Entienden de vegetales, de carnes, de pescados, de legumbres, de frutas y hortalizas, quizá de aceites y mantequillas. Pero no saben lo que hay que hacer para hervir unas patatas. Para que la analogía tenga algún sentido es importante, en cualquier caso, mantener la idea de la separación de los dos dominios de conocimiento. Por supuesto, los metodólogos son los expertos en el procesamiento de los alimentos, pero no tienen por qué entender específicamente de alimentos. De los psicólogos cabe suponer que son los expertos en los alimentos, en el contenido, en lo psicológico, sea lo que sea, pero no entienden bien cómo deben hacer para preparar comidas con ellos. La moraleja de la analogía es, naturalmente, que es difícil imaginar cómo puede hacerse una cocina creativa en esas condiciones. La simple tarea de freír un huevo se convertiría en una hazaña intelectual y material de coordinación de los dos expertos y los dos campos del saber. Imaginen las preguntas del experto en procesamiento con respecto a las características del huevo. Imaginen la prudencia y la desconfianza del experto en alimentos ante una sartén, y más con aceite hirviendo. Ninguno de los dos podría tener la más mínima expectativa sobre qué puede pasar ahora que han decidido, lo cual ya es mucho decidir, lanzar ese volumen viscoso y acuoso que ha salido de dentro de “lo otro” (para el metodólogo) —el huevo, de la cáscara, para el experto en alimentos—, contra ese pequeño lago crepitante y amenazador sobre llamas azules (para el experto en alimentos) —o sea, la sartén para el metodólogo—.

Admito que la analogía pueda parecer grotesca. Es sabido que la analogía es un recurso intelectual *demasiado* flexible. Pero, en mi opinión, lo que sugiere ésta en particular no es tan distinto de lo que denuncia Delgado: «Psicología en crisis y una metodología desorientada no puede arrojar más que insatisfacción. Los resultados finales no pueden ser homologados como resultados científicos, ni siquiera resultan relevantes en muchas ocasiones». Sólo hace falta añadir prisa para cocinar y ya tenemos creadas las condiciones para la «proliferación de publicaciones irrelevantes, ociosas, inútiles muchas veces, moralmente discutibles otras tantas, simplemente superfluas, y por lo tanto, evitables».

Consideraciones acerca de la primera parte

Que la psicología es una disciplina con una aguda conciencia de crisis es algo sabido. Y no es nuevo ni reciente –Delgado cita sólo trabajos de los últimos años. Dentro de los márgenes de definición histórica más comunes, y de acuerdo con el “mito de origen” (Blanco, 2002) que relaciona la aparición de la disciplina con la fundación del laboratorio, puede remontarse al propio Wundt y a su distinción entre una psicología experimental de inspiración fisiológica, y una psicología de los pueblos concebida como necesaria para el estudio de los procesos psicológicos más complejos, pero no experimental. Ahora bien, en el planteamiento de Delgado “crisis” es equivalente a división o desunión: entre científicos y profesionales, académicos y humanistas, defensores de la psicología como ciencia natural o social y, por lo tanto y finalmente, división en cuanto a supuestos y en el concepto de progreso. Inmediatamente se dirige la mirada al “manido ejemplo”, la física. La lógica del argumento hace esperar al lector un claro contraste entre la descripción de la psicología que viene haciéndose y la de la física como ejemplo a seguir. Pero no. Se reconoce que ni siquiera en física puede hablarse de una completa unidad teórica. El argumento es equívoco: se utiliza como evidencia de crisis la falta de unidad que se supone que debería existir, pero cuando se mira en la dirección en la que parecería que hay que encontrarla, entonces se admite que tampoco existe. ¿Dónde está, o ha estado nunca, entonces la unidad de la ciencia? Hasta el propio Popper –a quien sí se toma en consideración, y mucho, como nos recuerda Delgado al referirse al híbrido Popper-Fisher– ha criticado lo que él mismo llama “mito del marco común” (Popper, (1994/1997), que consiste en suponer que «es imposible toda discusión racional o fructífera a menos que los participantes compartan un marco común de supuestos básicos o que, como mínimo, se hayan puesto de acuerdo sobre dicho marco en vistas a la discusión» (op. cit., p. 46). No pretendo aquí justificar y desarrollar la posición de Popper respecto a lo equivocado de esa posición. Me limito a señalar que algunos supuestos epistemológicos que suelen darse por incontrovertibles son, precisamente, controvertidos. Pero si el argumento de Delgado con respecto a las crisis de la psicología es algo vacilante, la pregunta en la que desemboca es necesaria: «¿Por qué en psicología pretendemos (...) una unificación en lo conceptual (...) y vivimos una práctica unificación en lo metodológico?». Aunque muy bien

podría también reformularse. Dado que no es realmente cierto que exista esa unificación en lo metodológico –no toda la psicología es experimental, que es en lo que supongo que se piensa aquí–, ¿por qué se pretende una unificación tanto en lo metodológico como en lo conceptual?

Sería presuntuoso creer que puede darse una respuesta rápida y simple a semejante cuestión (Gellner, 1988/1994, ofrece interesantísimas reflexiones al respecto). Pero no resisto la tentación de *dejar caer* un apunte de una de las consideraciones que hace el propio Popper respecto de las dificultades de la discusión racional entre personas de muy distintas matrices culturales. Aunque es verdad que en el fragmento que voy a citar no se está hablando específicamente de discusión científica, Popper mismo aplica después estas consideraciones al caso de la filosofía de la ciencia, y a mí me parece que son enteramente aplicables al asunto que nos ocupa, las múltiples formas de división intradisciplinar existentes entre los psicólogos, y también a las formas de relación de los psicólogos con los estudiosos y científicos de otras disciplinas:

Estas experiencias (de discusión con miembros de culturas muy distintas entre sí) también me sugieren que el choque cultural puede perder algo de su gran valor si una de las culturas que chocan se considera universalmente superior, y aún más si la otra cultura la considera de esa manera: esto puede destruir el mayor valor del choque cultural, pues el mayor valor del choque cultural estriba en la posibilidad de estimular una actitud crítica. Pero sobre todo si una de las partes se convence de su inferioridad, la actitud crítica de tratar de aprender del otro se verá sustituida por un cierto tipo de aceptación ciega: un salto ciego a un nuevo círculo mágico, o una conversión, como tan a menudo la describen los filósofos fideístas y existencialistas (op. cit., p. 62).

El intento de comparación que hace Delgado entre física y psicología, aunque resulte algo equívoco en su intención y su resultado, es todo menos casual. La actitud de Humphrey, recogida en la cita inicial, no es precisamente la más extendida. En mi opinión, el complejo de inferioridad de la psicología con respecto a la física –y a las ciencias naturales en general– es obvio. Y el complejo de superioridad de la psicología experimental con respecto a cualesquiera otras formas de investigación o práctica psicológica no lo es menos. Y así, como es natural, el choque cultural se convierte en guerra sorda, y la guerra sorda elabora su “mito de solución”, en este caso el mito del marco común.

Quisiera ahora dirigirme a un punto del trabajo de Delgado que me parece particularmente importante. Antes de repasar las diversas formas de provincianismo metodológico que critica, señala que uno de los factores que se dan al lado de ese provincianismo es el «escaso conocimiento de las tendencias actuales en los debates sobre la ciencia». Se refiere sobre todo a la filosofía de la ciencia. Entiendo que la crítica es que pueda cultivarse la metodología mientras se ignoran olímpicamente las aportaciones de ese campo de estudio (en muchos contextos académicos, pero no en el psicológico, esta última frase resultaría sencillamente absurda, dado que la metodología tiene precisamente que ver con la reflexión, la crítica y el estudio de la construcción del conocimiento). El caso es, efectivamente, que la metodología de las facultades de psicología tiende a ignorar las contribuciones al estudio de la ciencia no sólo de la filosofía de la

ciencia, sino también las de la sociología de la ciencia, las de la historia de la ciencia y, cómo no, las de la incipiente psicología de la ciencia (¡nada más faltaría!). Ya dice Delgado, y creo que tiene razón, que uno de los puntos de partida del metodólogo es, por ejemplo, suponer que «el discurso científico no es asimilable a otros discursos relacionados con el conocimiento, como el histórico, el de la emancipación del ser humano, o el religioso», ¡y considerado así, todo junto!: ya se sabe, lo que no es ciencia estricta, es deleznable metafísica. Pero hay quizá una buena razón para que las cosas sean así. O mejor dicho, hay una razón pero no es buena. Me parece que la metodología de las facultades de psicología es una metodología con un predominio casi absoluto de un planteamiento prescriptivo. Enseña cómo hacer experimentos, observaciones, análisis de datos. Pero pretende funcionar, a la vez, como la garante y el ángel custodio de la científicidad de toda la disciplina. De ahí vienen en parte los problemas. No da para tanto. Proporciona herramientas concretas y necesarias para el quehacer científico, pero no asume como tarea propia la de construir teoría acerca de cómo se hace la ciencia, de cómo se ha hecho históricamente, de cómo los aspectos sociales, grupales, cognitivos, incluso políticos, además de los técnicos, influyen en la actividad científica. No incorpora de ninguna manera que resulte significativa el hecho de que investigar es una actividad humana, comportamiento cognitivo. Todo eso es *ruido*. La metodología prescribe, vigila el cumplimiento de los preceptos metodológicos y sanciona globalmente la científicidad de un trabajo, de cada trabajo. Por otra parte, no se eleva más allá de ciertas unidades de acción investigadora —el experimento, el conjunto de observaciones destinadas a un propósito específico, el análisis de unos datos ya obtenidos. Para la metodología así concebida, la ciencia no es un *problema*, un tema, un objeto de investigación en sentido amplio, es más bien un conjunto de conductas regulables y reguladas cuya atenta vigilancia le compete. Espero que se me entienda bien. No tengo ninguna duda acerca de la necesidad de ese nivel de análisis y de autocontrol de las prácticas investigadoras. El problema, en mi opinión, es que ése no puede ser el único nivel de análisis. La historia de la construcción de las disciplinas, de la psicología, por ejemplo, no es ruido. Los paradigmas (*à la* Kuhn) o las tradiciones de investigación (*à la* Lakatos) no son entelequias, sino fragmentos históricos complejos de investigación continuada y perseguida a través de amplios grupos y de generaciones de científicos. Las prácticas de laboratorio de grupos de investigación no son simplemente la suma de la aplicación continuada de preceptivas metodológicas bien conocidas e instauradas. Los problemas y las teorías psicológicas acerca de los procesos de categorización, por ejemplo, no afectan sólo a los sujetos experimentales que estudian los psicólogos, sino también a los científicos que afrontan tareas que implican discernir y clasificar “objetos” nuevos y desconocidos. Lo que quiero decir, en definitiva, es que la ciencia es una empresa humana compleja con muchas dimensiones de análisis (perdón por la obviedad). Una de ellas tiene que ver con servirnos de la experiencia acumulada de hacer ciencia para prescribir cómo hacer ciertas tareas de la mejor manera posible en cada caso. Pero, en la medida en que se supone que eso es suficiente, y que significa poseer ya un criterio concreto, inmediato, “contante

y sonante”, para determinar el carácter científico de cada pequeña (o grande) contribución científica que se hace, eso implica asumir una imagen hipersimplificada de la ciencia. Cuando eso ocurre, y en psicología no es que ocurra sino que impera, se abre un inmenso foso, y una fuerte tensión, entre la imagen idealizada de lo que se supone que la disciplina *debería ser* y las mil imágenes inciertas (en grado diverso), inconsistentes (entre sí, a veces), problemáticas (porque todo hallazgo abre nuevas cuestiones), inmensamente variadas y en proceso de construcción todas ellas, que percibimos a nuestro alrededor. En mi opinión ese foso no se deja rellenar adecuadamente con más metodología prescriptiva, que tiende más bien a aplicar profusamente el principio de Procusto, sino que requiere más *epistemología*, más investigación y teoría acerca de la ciencia misma, desde donde pueda venir, de la filosofía, de la historia, de la sociología, de la psicología de la ciencia, de la llamada ciencia de la ciencia. Aunque esa investigación y esa teoría no se traduzca en principios prescriptivos es indispensable para *reducir la disonancia cognitiva*, y para elaborar en definitiva una teoría de la ciencia más ajustada a la disciplina (en el marco de las ciencias y de la tecnociencia), en lugar de una ciencia más ajustada a alguna predeterminada y muy particular, y además caduca, “teoría de la ciencia”. Pero para eso hay que empezar a deshacerse del complejo de inferioridad y del afán de saltar al círculo mágico de que habla Popper.

Como agradezco enormemente el tono crítico y ácido, y desenfadado, pero no por ello falto de seriedad ni de pertinencia, de todo el escrito de Delgado, me gustaría finalizar mi comentario reproduciendo un pequeño y cáustico diálogo leído hace muchos años. Desde la primera lectura del artículo que comentamos me acordé de él. Lo leí en Unamuno, creo, pero aunque lo he buscado no he sido capaz de volver a encontrarlo. Tres personajes conversan. Uno de ellos habla con pasión, casi fervorosamente hay que suponer, a favor de la anarquía. El segundo le escucha con cierta perplejidad, supongo que más por cómo habla el otro que por lo que dice. Finalmente, cuando el primero de ellos ha acabado su discurso, el segundo espeta, más desconcertado que irónico, «este hombre cree en la anarquía como en la virgen del Pilar». A esto, el tercer personaje añade: «Claro, es que en todo lo que se cree, se cree igual».

Desde luego, es absurdo creer en la anarquía como en la virgen del Pilar, pero, comparativamente, me parece disculpable. Es mucho peor creer en la ciencia, y no digamos en el *método científico*, como en la virgen del Pilar. Por que, al fin y al cabo, la ciencia misma surgió como una revuelta, como la gran revuelta, contra el dogmatismo. Sin embargo, ese tercer personaje no dice ninguna tontería, desde un punto de vista psicológico, por supuesto.

REFERENCIAS

- Blanco, F. (2002). *El cultivo de la mente: un ensayo histórico-crítico sobre la cultura psicológica*. Madrid: A. Machado Libros.
- Gellner, E. (1988/1994). *El arado, la espada y el libro. La estructura de la historia humana*. Barcelona: Península.
- Humphrey, N. (1983/1987). *La reconquista de la conciencia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Popper, K. (1994/1997). *El mito del marco común. En defensa de la ciencia y la racionalidad*. Barcelona: Paidós.